

EL REINO DE DIOS EN NOSOTROS, SEGÚN EL MAESTRO ECKHART

SILVIA BARA BANCEL
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

RESUMEN: Tras recorrer la obra alemana del Maestro Eckhart (ca. 1260-1328) y observar lo que se expresa en ella acerca del cielo, del Reino de Dios o de los cielos, exponemos cómo entiende el autor la presencia del Reino de Dios en nosotros. Con un estilo fresco y original, Eckhart afirma que el cielo se halla ya aquí y ahora, en lo más interior del ser humano, en el fondo de su alma, aunque este no lo descubre de manera inmediata. Por un lado, la persona ha de hacerse receptiva al Reino de Dios en ella, ha de hacerse «celeste», a través de la humildad, el desprendimiento, la ecuanimidad, etc. Por otro lado, Dios «fluye» en tal persona y pronuncia en ella su Palabra. Así, el ser humano llega a ser Hijo de Dios, recibe el «beso» de Dios y el Reino irrumpe en el fondo de su alma. Y ello supone, por último, participar, ya ahora, de la alegría y la bienaventuranza del cielo.

PALABRAS CLAVE: Eckhart, Reino de Dios, fondo del alma, humildad, desprendimiento, filiación divina, deificación.

The Kingdom of God within us, according to Meister Eckhart

ABSTRACT: In this paper, we examine what the German works of Meister Eckhart (c. 1260-1328) say about heaven, the Kingdom of God and the Kingdom of Heaven. We explain how he understands the presence of the Kingdom of God in us. In a style that is fresh and original, Eckhart says that the Kingdom of Heaven is now already within us. It is in the deepest part of us, in the ground of the soul, but man does not discover it immediately. In the first place, he has to prepare himself and to be receptive to the Kingdom of God, to God within himself. He has to make himself «heavenly», through humility, detachment, equanimity and so on. Furthermore, God «flows» inside this person and He pronounce His Word in him. That is how the human being becomes the son of God, how he receives a «kiss» from God, and how the Kingdom of God breaks through in the ground of the soul. And that finally means participating now in the joy and the blessedness of heaven.

KEY WORDS: Meister Eckhart, Kingdom of God, ground of the soul, humility, detachment, divine filiation, deification.

INTRODUCCIÓN

La figura del Maestro Eckhart (ca. 1260-1328) y sus sugerentes y, en ocasiones, sorprendentes palabras siguen suscitando en nuestros días un enorme interés, por su vitalidad, radicalidad y libertad. Este dominico, nacido en la región de Turingia, Maestro o catedrático por la universidad de París, filósofo, teólogo y místico —entendiendo mística en sentido amplio¹—, se sirvió también de la lengua vernácula, el alto alemán medio, aún imprecisa, para expresar su pensamiento y para predicar. Aquí se halla uno de los escollos para abordar al Maestro Eckhart, pues el sentido

¹ Se ha discutido mucho sobre la cuestión, pues algunos autores consideran la mística como experiencia sensible y afectiva contrapuesta a la razón. Sin embargo, cabe considerar a Eckhart como un autor místico si se entiende mística como «metafísica de la interioridad». Cf. KOBUSCH, Theo, «Mystik als Metaphysik des Inneren» en: *Meister-Eckhart-Jahrbuch* 3 (2009) 17-36.

de las palabras del alemán de comienzos del siglo XIV dista mucho de su uso actual. Sin embargo, gracias a la ingente labor de grandes filólogos germanistas, como Joseph Quint y Georg Steer, contamos con la edición crítica de los escritos eckhartianos y con la traducción alemana de gran parte de ellos —aunque aún queda pendiente por completar el cuarto volumen de los sermones y ofrecer su versión moderna².

Una de las expresiones eckhartianas más sugerentes, y aún poco estudiadas, es la afirmación de que el «Reino de Dios [ya] está en nosotros»³. Como mostraremos a continuación, este tema sintetiza y articula los elementos característicos del sistema del Maestro dominico y su importancia es grande, dado que reaparece en sus dos principales discípulos, Enrique Suso o Susón (ca. 1295-1366)⁴ y Johannes Tauler (1300- 1361)⁵.

Para realizar este estudio, hemos recorrido la obra alemana de Eckhart, deteniéndonos en las 22 ocasiones en las que aparecía mencionado el «Reino de Dios» (*gotes ríche*); las 69 citas del «Reino de los cielos» (*himmelríche*) y también las 208 alusiones al término «cielo» (*himmel*)⁶. Podemos sintetizar los resultados de nuestro análisis, dividiéndolo en tres apartados, de menor a mayor importancia en el tema que nos ocupa: la consideración del cielo como elemento creado; el cielo como metáfora del paraíso, que se encuentra abierto y accesible para todos nosotros; y, por

² ECKHART, M., *Die deutschen und lateinischen Werke*, Kohlhammer, Stuttgart 1936ss. La edición crítica de las obras eckhartianas consta, de momento, de diez volúmenes, agrupados en cinco tomos de la obra latina (LW) y otros cinco volúmenes con la obra alemana (DW): los cuatro primeros con los sermones, y el quinto con los tratados. Sin embargo, el volumen IV, editado por Georg Steer permanece incompleto, habiendo sido publicados, hasta el momento, 109 sermones alemanes, de los cuales únicamente algo más de la mitad han sido traducidos al castellano (sermones 1-59, 68, 71, 72, 77 y 86).

³ Nos servimos directamente del original eckhartiano en alto alemán medio y de las abreviaturas convencionales de las obras eckhartianas (así por ejemplo, Pr = sermón). Para los Tratados y los sermones 1-86 emplearemos la siguiente edición bilingüe: ECKHART, M., *Werke. I Predigten. Text und Kommentar; II. Predigten, Traktate. Text und Kommentar*, ed. de LARGIER, N. (Deutscher Klassiker Verlag TB 24-25), Frankfurt a. M. 2008 (en adelante EW, volumen, página y línea). Para el resto de los sermones, ECKHART, M., *Die deutschen und lateinischen Werke. Die deutschen Werke IV,1*, ed. de Georg STEER, Kohlhammer, Stuttgart, 2003 (en adelante DW IV,1). La versión castellana de los sermones es nuestra, a no ser que indiquemos la fuente entre paréntesis. Los tratados y sermones 1-59 han sido traducidos en MAESTRO ECKHART, *Obras alemanas: Tratados y Sermones*, ed. Ilse de BRUGGER, Edhasa, Barcelona 1983. Reed. Las Cuarenta, Buenos Aires, 2013 (citado como Brugger y página). Y una selección de textos eckhartianos se encuentra en MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada*, ed. de Amador VEGA ESQUERRA, Alianza Editorial, Madrid 2011 (citado como Vega y página). Aquí, ECKHART, Pr. 68, EW II, 32:4 «daz ríche gotes ist in uns».

⁴ «El Reino de Dios en el alma» aparece, por ejemplo, en el capítulo 22 del *Libro de la Sabiduría eterna*, cf. SEUSE, H., *Deutsche Schriften*, ed. de Karl BIHLMAYER, Kohlhammer, Stuttgart, 1907 (Reimp. Minerva, Frankfurt a. M. 1961), 235:21.

⁵ En el sermón 33 de Tauler, según la edición crítica, aparece la misma expresión que en Eckhart: «el Reino de Dios en nosotros». Cf. TAULER, J., *Die Predigten Taulers. Aus der Engelberger und der Freiburger Handschrift sowie aus Schmidts Abschriften der ehemaligen Straßburger Handschriften* (DTM 11), ed. de Ferdinand VETTER, Weidmann, Berlin 1910, 128:36.

⁶ Agradezco vivamente la ayuda y las clarificaciones del eminente germanista Prof. Dr. Rudolf Weigand, director del «Forschungsstelle der geistlichen Literatur des Mittelalters», de la Katholische Universität Eichstätt. Gracias a una beca como profesora investigadora en su Centro de Investigación, durante tres meses he podido estudiar directamente los textos del Maestro Eckhart y de los místicos alemanes en alto alemán medio.

último, el cielo o el Reino de Dios, que «ya ahora» irrumpe y se halla presente en nosotros, el fondo del alma, como «beso» de Dios al ser humano, o como nacimiento de su Palabra en nosotros.

1. EL CIELO COMO ELEMENTO CREADO, EJEMPLO PARA NOSOTROS

En primer lugar, cabe señalar que son numerosas las ocasiones en las que Eckhart habla del cielo como elemento natural y creado y lo suele poner como ejemplo para la vida espiritual (volveremos sobre ello más adelante). Pasa del nivel cosmológico-natural al nivel alegórico de tal modo que, en algunas ocasiones, parece confundir ambas perspectivas. Por ejemplo, en el Sermón 68 se desliza del plano natural al testimonio de la Escritura, y sostiene lo siguiente:

«...el cielo es puro y claro, sin mancha alguna, excepto la luna. [...] Ni el espacio ni el tiempo afectan al cielo. Ninguna de las cosas corporales tiene allí un lugar; y quién puede sondear a fondo la Escritura sabe bien que el cielo no tiene lugar. Tampoco se halla situado en el tiempo; su trayectoria es increíblemente rápida. Los Maestros afirman que su curso está fuera del tiempo, pero que su recorrido produce el tiempo»⁷.

Sin embargo, ello no es más que una muestra del aprecio por las ciencias naturales y la razón humana, pues considera que hay una única fuente de Verdad:

«La encarnación en sí misma es a imagen de la emanación eterna [la generación eterna intratrinitaria] y también modelo ejemplar de toda la naturaleza inferior. [...] todo lo que es verdad en el orden del ser como en el orden del conocer, en la Escritura como en la naturaleza, procede de una misma y única fuente, de una misma y única raíz. [...] Moisés, Cristo y el filósofo [Aristóteles] enseñan pues la misma cosa. No difieren más que por los modos de su enseñanza, a saber lo creíble [Moisés], lo demostrable o verosímil [el filósofo] y la verdad [Cristo]»⁸.

Pero no es que pretenda reducir todo a una explicación que parte de una lectura estrecha y literal de la Escritura. ¡Todo lo contrario! Suele emplear argumentos filosóficos y ejemplos de la ciencia de su tiempo para explicar las verdades de fe, y se sirve con maestría de la interpretación alegórica de la Escritura. Su anhelo de unidad aparece también en su método teológico y filosófico.

El dominico turingio se refiere con frecuencia al binomio cielo/tierra: «en el cielo y en la tierra» (*in himel und ûferden*)⁹ o «en el Reino de los cielos y en el Reino

⁷ Traducción tomada de BARA BANCEL, S., «Sabed que el Reino de Dios está cerca» en: *Estudios Eclesiásticos* 88 (2013) 202 (en adelante, Bara y página). En *In Gen* n.73 (en *L'œuvre latine de Maître Eckhart t.1. Le commentaire de la Genèse précédé des Prologues*, texto latino, intr. y trad. de Fernand BRUNNER et al., París 1984, 330; citado en adelante como OLME I), Eckhart sostiene que «la creación es antes del tiempo, por encima del tiempo y sin tiempo» y cita a San Agustín: «el cielo, que Dios ha hecho en el principio, es una criatura intelectual, que sobrepasa las fugaces vicisitudes del tiempo». Cf. SAN AGUSTÍN, *Confesiones* XII c.9 n.9.

⁸ ECKHART, *In Ioh.* n.185, LW III, 154:13-155:6-7.

⁹ Especialmente frecuente en sus *Conversaciones de discernimiento* (*Die rede der unterscheidung*), tratado denominado en la versión castellana de Ilse de Brugger como *Pláticas instructivas*.

de la tierra» (*in himelríche und in ertríche*)¹⁰ para designar la totalidad de lo creado, de modo semejante al padre nuestro.

2. EL PARAÍSO TIENE LAS PUERTAS ABIERTAS

A pesar de ser un autor medieval, el Maestro Eckhart apenas alude al cielo como «lugar» simbólico en el que se halla el Señor, los ángeles, la Virgen y los santos¹¹ y, si lo hace, es para subrayar que Dios nos lo quiere ofrecer:

«Si nos mantenemos libres de las cosas que se hallan fuera de nosotros, Dios nos quiere dar, en cambio, todo cuanto hay en el cielo y el cielo mismo con todo su poder, ah sí, y todo cuanto de él alguna vez ha emanado y lo que tienen todos los ángeles y santos para que sea tan nuestro como es de ellos, y aún más de lo que me pertenece cualquier cosa»¹².

El sermón 87 de Eckhart vuelve a insistir sobre este aspecto y es muy alentador: Cristo ha abierto de par en par las puertas del cielo. Él ha «anulado» las «guardas» simbólicas que impedían al ser humano llegar al Paraíso, en referencia a Gn 3,24. Ha traído «inocencia y pureza a la naturaleza humana», el «amor ardiente de Dios» y ha «cargado con nuestros dolores» y pecados. «Ahora —concluye—, el Reino de los cielos está abierto sin ningún tipo de guarda: por eso puede el ser humano ir audazmente hacia Dios»¹³.

En el cielo, recuerda Eckhart, hay una gran alegría y deleite¹⁴, una gran dulzura¹⁵ y ningún dolor¹⁶. Es también algo de lo que Dios se sirve para conducir al ser humano hacia Él:

«Nuestro Señor Dios nos ha atraído con una recompensa como se atrae a una oveja con una rama —explica Eckhart—: cuando se la quiere llevar hacia otro lado, se la dirige con una rama bien verde. Dios nos ha indicado que existe una

¹⁰ Cf. ECKHART, Pr. 1, EW I, 10:19; Pr. 25, EW I, 284:29-30; Pr. 66, EW II, 12:18-20.28; Pr. 79, EW 152:14; Pr. 79, EW II, 154:31-32; BgT (*Libro de la consolación divina*) c.2, EW II, 302:20-23.

¹¹ Cf. ECKHART, RdU (*Conversaciones de discernimiento*) c.11, EW II, 366:34-35 (Brugger, 129) «Miles de hombres han muerto y están en el cielo...»; BgT (*Libro de la consolación divina*) c.2, 250:29-32 (Brugger, 186) «dicen los maestros que los bienaventurados en el Reino de los cielos...»; Pr. 91, DW IV,1, 93:63-65 «el cielo es inconmensurablemente mayor que el Reino de la tierra, y por ello el número de los ángeles es mucho más numeroso que todos los humanos en el Reino de la tierra».

¹² ECKHART, RdU (*Conversaciones de discernimiento*) c.23 EW II, 424:11-22 (Brugger, 166-167).

¹³ ECKHART, Pr. 87, DW IV,1, 26. El dominico asocia también el cielo a la resurrección en el Pr. 55, EW I, 596:9s (Brugger, 672-673) «[María Magdalena] sabía bien que nadie podía ir al cielo antes de que Él mismo hubiera ascendido».

¹⁴ Cf. ECKHART, Pr. 6, EW I, 78:29; Pr. 57, EW I, 606:31.

¹⁵ Cf. ECKHART, Pr. 57, EW I, 612:29-614:1 (Brugger, 684) «dice también San Agustín [cf. Conf. 1. X c.40 n.65]: “Señor, tú das a veces una dulzura tan grande que, si ella se hiciera completa [y] esto no fuera el Reino de los cielos, yo no sabría qué es el Reino de los cielos”».

¹⁶ Cf. ECKHART, Pr. 61, EW I, 644:6-7. «En el cielo no hay misericordia, [y no es necesaria] porque allí no hay ningún dolor». Eckhart cita a SAN AGUSTÍN, *Enarraciones in psalmos XXXII, sermo 2 n.4*.

recompensa. Pero no ha dicho cuál es la recompensa. [...] Todo lo que Dios es y puede, ésa es la recompensa»¹⁷.

Y Dios parece «tan empeñado en mover al alma hacia él y en atraerla a su amor», prosigue Eckhart en ese mismo sermón, que sólo presta atención a la mejor manera de «atraer mejor hacia él a cada una de las almas», «como si hubiera olvidado todo [lo demás] en el Reino de los cielos y en la tierra»¹⁸.

3. EL CIELO, EL REINO, DIOS MISMO EN NOSOTROS

Ahora bien, en realidad, el cielo o el Reino de Dios y su recompensa no son otra cosa que Dios mismo¹⁹. El Maestro turingio lo expresa con toda claridad en su sermón alemán 68 sobre Lc 21,31: «Sabed que el Reino de Dios está cerca de vosotros». Eckhart comienza diciendo: «Sí, el Reino de Dios está en nosotros»²⁰, y más adelante exclama: «Cuando pienso en el Reino de Dios, es tan grande que a menudo me hace enmudecer. Porque el Reino de Dios es Dios mismo con toda su riqueza. No es cosa pequeña, el Reino de Dios»²¹.

A lo largo de este sermón se pone de manifiesto que la noción del «Reino de Dios en nosotros» articula todos los elementos característicos del pensamiento eckhartiano: el Reino de Dios, Dios mismo, está «cerca» de nosotros, está ya «ahora» y «aquí», en lo más íntimo del ser humano (designado por el dominico de diversos modos, el fondo del alma, chispa, «algo» sin nombre²²) dando el ser. Reconocerlo, saberlo, nos hace felices²³, aunque la «raíz» de la bienaventuranza no se halla en el momento reflexivo de ser conscientes de ello, sino en la unión misma:

«...el hombre noble recibe, toma y crea todo su ser, vida y bienaventuranza únicamente de Dios, junto a Dios, en Dios; no del conocer a Dios, contemplarlo, amarlo o cosas similares. Por eso dice Nuestro Señor, de todo corazón, que la vida

¹⁷ ECKHART, Pr. 91, DW IV,1, 95:86-88.

¹⁸ ECKHART, Pr. 91, DW IV,1, 85:9-13.

¹⁹ Cf. ECKHART, BgT (*Libro de la consolación divina*) c.2, EW II, 252:6-7 (Brugger, 186) «Y Dios mismo nos enseña a orar y suplicar así cuando decimos: “Padre nuestro”, “santificado sea tu nombre” lo cual quiere decir: que te conozcamos sólo a ti [cf. Jn 17,3]; “que venga tu Reino” (*rich*) para que yo no tenga nada que considere y conozca como rico (*rich*) fuera de ti, el rico (*rich*). A esto se refiere el Evangelio al decir: “Bienaventurados son los pobres en espíritu” [Mt 5,3], quiere decir: en la voluntad, y por ello pedimos a Dios que se “haga su voluntad”, “en la tierra”, quiere decir: dentro de nosotros, “como en el cielo”, quiere decir: en Dios mismo».

²⁰ ECKHART, Pr. 68, EW II, 32:4 (Bara, 199).

²¹ ECKHART, Pr. 68, EW II, 34:7-9 (Bara, 200). Y más adelante vuelve a reiterarlo: «Y el alma que llega hasta aquí, [...] conoce a Dios y sabe qué “cerca” está el Reino de Dios, es decir, Dios con toda su riqueza, y eso es el Reino de Dios». Pr. 68, EW II, 40:1-4 (Bara, 240).

²² ECKHART, Pr. 2, DW I, 39:1-40:3 (Vega, 45): «Algunas veces he dicho que en el espíritu hay una única potencia y sólo ella es libre. A veces he dicho que es una custodia del espíritu; otras he dicho que es una luz del espíritu y otras veces que es una centella. Pero ahora digo que no es ni esto ni lo otro, y sin embargo es algo que está por encima de esto y lo otro y por encima de lo que el cielo lo está sobre la tierra. [...] Está libre de todo nombre y desnuda de toda forma, totalmente vacía y libre, como vacío y libre es Dios en sí mismo».

²³ Cf. ECKHART, Pr. 68, EW II, 32 (Bara, 200).

eterna es conocer solamente a Dios como al Dios uno verdadero [Jn 17,3], y no conocer que se conoce a Dios»²⁴.

El ser humano ha de trabajarse interiormente para hacerse cada vez más receptivo a la presencia de Dios: despojarse de imágenes y apegos, para que en su fondo se muestre la imagen y semejanza divinas, según la cual ha sido creado, y pueda llegar así a ser una persona «interior», «noble», «pobre», «humilde», «desprendida» o, como dice Eckhart en algunos sermones, «una persona celeste», cuyo corazón se halla en el cielo²⁵. Entonces puede «conocer» a Dios, ser «uno» con Él²⁶ y Dios «nace» en ella. Y en alguna ocasión, como veremos, el dominico emplea las metáforas del beso y del fluir de Dios en el alma, características de la beguina Matilde de Magdeburgo²⁷.

Vamos a detenernos a continuación en algunas preguntas, que nos permitirán adentrarnos en el tema: ¿cuándo?, ¿dónde? y ¿cómo aparece el Reino de Dios en nosotros?, y ¿en qué consiste? y ¿cuál es su fruto?

3.1 ¿Cuándo? Ahora

El Maestro Eckhart, amigo de afirmaciones sorprendentes y extremas²⁸, acentúa el polo presente de la tensión escatológica: el Reino irrumpe en el aquí y el ahora, no es algo «lejano» (un cielo que se halle allá arriba), ni «distante» (futuro, tras la muerte).

Parece que el espacio y el tiempo se colapsan, de manera que lo lejano y lo cercano, el Reino de Dios y el Reino de la tierra, el presente y el futuro, lo divino y lo humano se encuentran y los opuestos, en Dios, coinciden²⁹.

Pues el tiempo y el espacio son realidades creadas, pero la eternidad, la vida divina, es un presente fuera del tiempo, un «ahora». Por esta razón, la creación, en

²⁴ Cf. ECKHART, VdeM (*Del hombre noble*), EW II, 330:5-11 (Vega, 163). Sobre la bienaventuranza en Eckhart, cf. BARA BANCEL, Silvia, «Las raíces de la felicidad según el Maestro Eckhart», en: SANCHO FERMÍN, Javier (ed.), *Mística y filosofía*, Ávila 2009, 131-144.

²⁵ Cf. ECKHART, BgT (*Libro de la consolación divina*) c.2, EW II, 248:19-20.

²⁶ Cf. ECKHART, VdeM (*Del hombre noble*), EW II, 332:24-25 (Vega, 165) «Uno con uno, uno de uno, uno en uno y, en uno, uno eternamente».

²⁷ Se ha discutido la posible influencia de la literatura de las beguinas en el Maestro Eckhart (ca. 1260-1328). Matilde de Magdeburgo (ca. 1207-1282), primero beguina y después monja en Helfta, estuvo imbuida de la espiritualidad de la Orden de Predicadores, y estuvo estrechamente vinculada con el convento de los dominicos de Erfurt, que tradujeron su obra al latín. Precisamente es este el convento donde ingresa el Maestro Eckhart y donde será prior y escribirá sus *Conversaciones de discernimiento*. De ahí que sea probable que Eckhart conociese la obra de Matilde, *Luz fluyente de la Deidad*, que presenta una mística visionaria y llena de metáforas eróticas y nupciales, muy diferentes del estilo del Maestro dominico, pero cuyo contenido de fondo no es tan distante.

²⁸ En el prólogo de su *Obra tripartita*, cuando explica el método que va a emplear, advierte que «algunas de sus proposiciones, cuestiones o exposiciones, a primera vista pueden parecer monstruosas, dudosas o falsas; pero no será así si se estudian con agudeza y con mayor atención». ECKHART, *Prolog. Gen.* n.7, OLME I, 46.

²⁹ Expresión que empleará explícitamente su discípulo, Enrique Suso, anticipándose a Nicolás de Cusa. Cf. SEUSE, H., Bdw (*Libro de la Verdad*) c.5, en BIHLMAYER, Karl (ed.), HEINRICH SEUSE. *Deutsche Schriften*, Kohlhammer, Stuttgart 1907 (Reimp. Minerva, Frankfurt a. M. 1961), 341.

cuanto acción de Dios, es continua y presente –aunque lo producido, la realidad creada, en cuanto tal, es temporal y perecedera.

«[He aquí] otro significado de “plenitud del tiempo” —explica Eckhart. Si alguien tuviera la habilidad y el poder de modo que pudiese concentrar en un “ahora” presente el tiempo y todo cuanto jamás ha sucedido en el tiempo, durante seis mil años, y lo que todavía habrá de acontecer hasta el final, esto sería “plenitud del tiempo”. Ese es el “ahora” de la eternidad en el que el alma conoce en Dios todas las cosas como nuevas y lozanas y presentes, y con el placer [con que conozco las cosas] que tengo presentes ahora mismo. El otro día leí en un libro —¡ojalá alguien supiera escrutarlo a fondo!³⁰— que Dios hace al mundo ahora como en el primer día cuando creó al mundo. En este [aspecto] Dios es rico y esto es el Reino de Dios»³¹.

Por tanto, el Reino de Dios, como todo lo divino, irrumpe en el «ahora». Para poder recibirlo, el alma ha de «escaparse del tiempo, y ha de elevarse y persistir con la mirada fija en esta riqueza divina: ahí hay extensión sin extensión y anchura sin anchura»³². Hay que trascender el tiempo y todas las demás determinaciones creaturales: la corporalidad, la multiplicidad, esto es, todo aquello que determina ser «esto o aquello»³³, para llegar a situarse de un modo radicalmente distinto, desde un total «desasimiento» (*abegescheidenheit*). Esto es, «cuando uno, en medio del tiempo, ha puesto su corazón en la eternidad y todas las cosas temporales han muerto en su fuero íntimo»³⁴; entonces, explica Eckhart, «ya no existe el tiempo», se llega a «la plenitud del tiempo». No se refiere, por tanto, al final del tiempo en sentido de la muerte del ser humano, sino a un desapego de todo lo temporal, a un dejar de poner la atención en la superficie de las cosas, a un abstraerse de lo que no es esencial... Entonces, y sólo entonces, llega la plenitud del tiempo, llega el Reino al alma y el Hijo de Dios nace en ella³⁵.

³⁰ Se desconoce a qué obra se refiere Eckhart. Quizá se trate de SAN AGUSTÍN, *Confesiones* XI c.13 n.15.

³¹ ECKHART, Pr. 38, EW I, 408:12-21 (Brugger, 553). Aquí Eckhart juega con las palabras, pues en alto alemán medio los sustantivos no llevan mayúsculas, y *rich* significa tanto «Reino» como «rico», de ahí que señale que «Dios es rico» y que «esto es el Reino de Dios», aunque también cabría traducir por «la riqueza de Dios». Eckhart explica el sentido de la expresión «plenitud del tiempo» (aludiendo a Gal 4,4) también en los sermones alemanes 11 y 24.

³² ECKHART, Pr. 38, EW I, 408:23-24 (Brugger, 553).

³³ Cf. por ejemplo, ECKHART, Pr. 12, EW I, 142:15-20 (Brugger, 359) «Son tres las cosas que nos impiden escuchar la palabra eterna. La primera es la corporalidad, la segunda, la multiplicidad, la tercera, la temporalidad. Si el hombre hubiera avanzado más allá de estas tres cosas, viviría en la eternidad y viviría en el espíritu y viviría en la unidad y en el desierto, y allí escucharía la palabra eterna»; o también, Pr. 10, EW I, 126:29-31 (Brugger, 347) «El hombre, en tanto tiene tiempo y espacio y número y multiplicidad y cantidad, anda muy equivocado y Dios le resulta alejado y ajeno».

³⁴ ECKHART, Pr. 11, EW I, 132:17-20 (Brugger, 352).

³⁵ Cf. ECKHART, Pr. 11, EW I, 134:13-15. Cf. también Pr. 10, DW I, 166:3-11 «Los días que transcurrieron hace seis o siete días y los días de hace seis mil años son tan cercanos al día de hoy como lo fue el de ayer. ¿Por qué? Porque el tiempo está en un “ahora” presente (*gegenwertigen nû*). [...] Allí es el día de Dios, allí el alma se encuentra en el día de la eternidad, en un “ahora” esencial (*wesenlichen nû*), y allí engendra el Padre su Hijo unigénito en un “ahora” presente y el alma es regenerada en Dios (*wider in got geboren*)».

3.1. ¿Dónde? La interioridad, el fondo

Cabría preguntarse, además, por el «lugar» o el ámbito en el que Dios se hace presente, en el que el Reino de Dios se manifiesta. El Maestro Eckhart emplea para ello la metáfora espacial de la interioridad, siguiendo la tradición agustiniana. Pues a pesar de su profunda unidad, el ser humano puede vivir volcado hacia fuera y estar desconectado de lo más propio de su ser. Según explica en el tratado *Del hombre noble*:

«Al hombre exterior pertenece todo lo que es inherente al alma, pero envuelto y mezclado con la carne, y que tiene una acción común con cada miembro corporal, como el ojo, la oreja, la lengua, la mano y otros por igual»³⁶.

Sin embargo, también puede volverse hacia el interior, para encontrarse allí con Dios. Pues, según afirma Eckhart, «el hombre interior es el hombre nuevo y celeste, en el que Dios resplandece»³⁷. «Él es también el acre, donde Dios ha vertido su imagen y semejanza y donde siembra el buen grano, la raíz de toda sabiduría, de todo arte, de toda virtud, de toda bondad: la simiente de la naturaleza divina», esto es «el Hijo de Dios, el Verbo de Dios [Lc 8,11]»³⁸. Esta semilla, es decir, nuestro ser a imagen de Dios, recibe en Eckhart otros nombres, como «chispa», «razón superior», «castillo», «algo en el alma», y con frecuencia, «fondo» del alma. Esta expresión reúne la imagen bíblica del corazón, la noción agustiniana de *abditum mentis* y el «intelecto paciente» de la teoría del conocimiento aristotélica, releída por San Alberto Magno y su Escuela. El «fondo» es receptivo a Dios y se halla «proporcionado» a Él en su abisal receptividad (en cuanto intelecto paciente) y en su deseo ilimitado (en cuanto a su voluntad) —aunque los dominicos acentúan más la primera que lo segundo³⁹.

El fondo del alma o la semilla, sostiene el dominico, puede estar ahogada o cubierta por «malas hierbas», pero también se pueden intentar eliminar los impedimentos para que crezca la semilla, resplandezca la imagen en nosotros, y tenga lugar el encuentro pleno con Dios. Así lo explica en su *Comentario al libro del Génesis*:

«Hay que notar que Dios —la imagen de Dios impresa en nosotros [...]— siempre está en nosotros, aunque no se manifieste. Por eso cae el hombre en el pecado y lo defectuoso, y no sabe a dónde va, camina en tinieblas, según se dice en el libro de la Sabiduría 5[6]: “vagamos fuera del camino de la verdad; la luz de la justicia no nos alumbró, no salió para nosotros el sol” de la inteligencia. [...] Pero la imagen de Dios en nosotros está recubierta, ensombrecida y ocultada por las

³⁶ ECKHART, VdeM (*Del hombre noble*), Vega, 154.

³⁷ ECKHART, *Sermo* 22 n.206, LW IV, 190:8-10 «*Homo autem interior, novus, caelestis, in quo deus illuminat*».

³⁸ ECKHART, VdeM (*Del hombre noble*), Vega, 155.

³⁹ La noción eckhartiana de fondo del alma está relacionada con su noción de Dios como «abismo sin fondo». En la unión se produce un “desfondamiento”, parece no haber más que un único fondo. Cf. la síntesis de MCGINN, B., *The Harvest of Mysticism in Medieval Germany (1300-1500) (The Presence of God: A History of Western Christian Mysticism IV)*, Herder and Herder, New York 2005, 99-103 y 118-124. Cf. también, en castellano, HAAS, A., *Maestro Eckhart, figura normativa para la vida espiritual*, Herder, Barcelona, 2002, 59-75; BARA BANCEL, S., *Teología mística alemana, Estudio comparativo del Libro de la Verdad de Enrique Suso y la obra del Maestro Eckhart*, Aschendorff, Münster, 2015, 231-236.

imágenes de las cosas terrestres que se le superponen [...]. “Sin embargo el hombre permanece en la imagen” [Vulgata, Salmo 38,7] aunque, al haberse vuelto hacia otro lado, no la perciba y ella no aparezca y quede latente. Agustín dice en sus *Confesiones* X [c.27 n.38]: “estabas conmigo, pero yo no estaba contigo”, “estabas dentro de mí y yo fuera”. Pero esta imagen se revelará y aparecerá cuando se aparten las imágenes que se superponen, según Prov. 15 [Prov 25,4]: “Quita las escorias de la plata y quedará enteramente pura”. Y 1 Jn 3[,2] “somos hijos de Dios pero aún no se ha manifestado”, pero “cuando se manifieste, seremos semejantes a él y le veremos”⁴⁰.

Así pues, el Reino de los cielos está abierto para el alma sedienta⁴¹, y esta «ha de buscarlo en el interior y no en el exterior, pues san Pablo dice —afirma Eckhart erróneamente, pues la frase es del evangelio de Lucas 17,21—: “el Reino de Dios está dentro de vosotros”⁴².

3.2. ¿Cómo? Condiciones para morar en Dios, que Dios nazca en nosotros

¿De qué manera, por tanto, debe el ser humano volverse hacia el interior y limpiar o purificar aquello que le obstaculiza para poder «recibir al Hijo y llegar a ser el Hijo en el seno y el corazón del Padre»⁴³?

Cabría traer a colación la noción del desasimiento o del desprendimiento (*abegescheidenheit*), tan propia del Maestro Eckhart. Sin embargo, optamos en esta presentación por exponer aquellos aspectos que el dominico ofrece al hablar del «cielo», del «Reino de los cielos» o del «Reino de Dios» y que están íntimamente relacionados con el desprendimiento: la humildad⁴⁴, entregar a Dios la propia voluntad, hacerse semejantes al cielo y «celestes», tener un corazón puro y vivir desde el amor a los demás.

a. Humildad

En la última parte del sermón 49, Eckhart comenta la frase del evangelio de Mt 11,11: «En verdad os digo que entre los nacidos de mujer no se ha levantado nadie mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los cielos es mayor que él», y explica que si alguien fuese más humilde que Juan, sería «eternamente mayor que él en el Reino de los cielos». Además, los santos no son los modelos a seguir, sino únicamente Jesucristo:

⁴⁰ ECKHART, *In Gen.* I n.301, LW I, 437:4-439:2 (seguimos la traducción francesa, en OLME I, 639ss.). Cf. también VdeM (*Del hombre noble*), DW V, 113,1-114,20.

⁴¹ Cf. ECKHART, Pr. 87, DW IV,1, 23:24-26.

⁴² ECKHART, Pr. 94, DW IV,1, 149:75. «Daz ander: daz man suoche inne und niht ûze, wan sant Paulus sprichet: daz rîche gotes ist in iu'».

⁴³ Cf. ECKHART, VdeM (*Del hombre noble*), Vega, 159.

⁴⁴ Según el tratado VAb (*Del desasimiento, Del ser separado*), cuya autenticidad es discutida, la humildad y el desasimiento están íntimamente vinculadas, pero se decanta por el desasimiento, porque «la humildad puede subsistir sin desasimiento, pero el desasimiento perfecto no puede subsistir sin la humildad». Además, la humildad consiste en rebajarse ante las criaturas y por eso es una virtud en relación, mientras que el desasimiento permanece «libre de todas las cosas». Pero finalmente sostiene que «quien desea alcanzar el perfecto desasimiento, que corra tras la perfecta humildad, así se acercará a la divinidad», Brugger, 246-260.

«Sólo Cristo, Nuestro Señor, es nuestro fin, es a Él a quién hemos de seguir y es Él nuestra meta, bajo el cual hemos de permanecer. Es a Él a quien seremos unidos, semejantes (*glích*) a Él en toda su gloria, pues nos corresponde la unificación»⁴⁵.

Según Eckhart, la verdadera humildad consiste en que la persona «no se empeñe en nada, ni en el hacer ni en el dejar de hacer, fuera de esperar la luz de la gracia. [...] La humildad del espíritu consiste en el hecho de que [la persona...] se adjudique o atribuya tan poco de todo el bien que Dios le hace continuamente, como hacía cuando aún no existía»⁴⁶. Es decir, el ser humano humilde reconoce que todo lo recibe de Dios, se pone absolutamente en sus manos, y no «pone sus miras» en sí mismo, ni en persona o cosa alguna⁴⁷.

Y es grande el beneficio de tal humildad pues, gracias a ella, tiene lugar la unión o el «beso» de Dios, precisa el Maestro turingio en su sermón 15, siguiendo la imagen del Cantar de los Cantares. Y lo explica así:

«Dios y este hombre humilde son completamente uno y no dos; porque lo que obra Dios, él lo obra también, y lo que quiere Dios, él lo quiere también, y lo que es Dios, él lo es también: una sola vida y un solo ser. [...] Pues ahí se besan la unidad de Dios y del hombre humilde»⁴⁸.

La radicalidad de este texto muestra el enorme valor que el Maestro Eckhart concede a la humildad, al vaciamiento total de uno mismo. Porque la persona que se abaja y sale completamente de todo lo creatural y de sí misma, es plenamente receptiva a Dios. Incluso «fuerza» a Dios a venir a ella; aunque es una manera de hablar, pues Dios es el Bien sumo y «el bien se da a sí mismo»⁴⁹, principio neoplatónico asumido por el dominico. Por ello, Dios no puede dejar de ofrecerse allí donde se le hace un espacio, o donde no se le ponen impedimentos⁵⁰. Aunque, en realidad, no se trata tanto de que el ser humano «obligue» a Dios, sino que Dios es así en sí mismo; Él se regala por su liberalidad y amor, no por los méritos o por la acción humana. Así pues, Dios se hace presente de manera especial en la persona que se

⁴⁵ ECKHART, Pr. 49, EW I, 526:19-22 (nuestra traducción). «*Kristus, unser herre, der ist aleine unser ende, dem wir nâchvolgen suln, und unser zil, under dem wir bliben suln und mit dem wir vereinet werden suln glích aller sîner êre, als uns diu einunge zuogehæret*».

⁴⁶ ECKHART, Pr. 49, EW I, 526:22-530:11 (Brugger, 635).

⁴⁷ Cf. ECKHART, Pr. 4, EW I, 54:28-56:4 (Brugger, 297). «Quien quiere recibir desde arriba, necesariamente debe estar abajo con verdadera humildad. Y sabedlo con toda verdad: a quien no se halla completamente abajo, nada le cae en suerte y tampoco recibe nada por insignificante que sea. Si de algún modo has puesto tus miras en ti mismo o en alguna cosa o en alguien, no te hallas abajo y tampoco recibes nada, mas, si te encuentras completamente abajo, recibes también completa y perfectamente».

⁴⁸ ECKHART, Pr. 15, EW 174:14-27 (Brugger, 385).

⁴⁹ Cf. la proposición 20 (21) del Liber de causis: «*Bonum est diffusivum sui*», empleada por Eckhart con frecuencia, como, por ejemplo en el *Sermo* 22 n. 270-271, LW IV, 247:1ss «*Quia primum es dives per se dat omnibus affluenter* [St 1,5]». Cf. BEIERWALTES, Werner, «*Primum est dives per se*». Maître Eckhart et le «Liber de causis», en: ZUM BRUNN, Emilie (ed.), *Voici Maître Eckhart*, Millon, Grenoble 1998, 285-300.

⁵⁰ Cf. Eckhart Pr. 4, EW I, 56:4-8 (Brugger, 297). «El dar es propio de la naturaleza de Dios y su ser depende de que nos dé cuando nos hallemos abajo. Si no es así y no recibimos nada, le hacemos fuerza y lo matamos. Aun cuando no podemos hacérselo a Él mismo, lo hacemos a nosotros y en cuanto a nosotros se refiere».

abaja y se halla vacía de su «ego». Por ello puede afirmar Eckhart que allí sólo hay «una» acción, la divina, «una» vida, «un único fondo» y «un» ser que lo llena todo, el de Dios. Así lo expresa en el sermón 14:

«A aquello que está en lo alto se le dice: ¡Desciende! A aquello que está abajo, se le dice: ¡Asciende! Si tú estuvieras abajo y yo estuviese por encima de ti, tendría que bajar hacia ti. Lo mismo hace Dios; cuando tú te humillas, Dios baja desde arriba y entra en ti. [...]

Exactamente lo mismo sucede con el hombre verdaderamente humilde que ha echado por debajo de sí todas las criaturas y se acurruca por debajo de Dios. Dios en su bondad no deja de derramarse por completo en semejante hombre; es obligado a hacerlo necesariamente. Si quieres, pues, ser elevado y levantado, tienes que ser rebajado. [...] El hombre verdaderamente humilde no tiene necesidad de rogar a Dios, puede mandar a Dios, porque la altura de la divinidad no pone sus miras sino en la hondura de la humildad, según dije en [el convento de] los Macabeos. El hombre humilde y Dios son uno; el hombre humilde tiene tanto poder sobre Dios como sobre sí mismo, y todo cuanto hay en todos los ángeles, le pertenece a este hombre humilde; lo que obra Dios, lo obra el hombre humilde, y él es lo que es Dios: una sola vida y un solo ser; y por ello dijo Nuestro querido Señor: “Aprended de mí, porque yo soy manso y humilde de corazón” (Mateo 11, 29).

Si un hombre fuera verdaderamente humilde, Dios, o tendría que perder toda su divinidad y despojarse del todo de ella, o tendría que verterse y esparcirse totalmente en el hombre»⁵¹.

En el fondo, Eckhart está apoyándose en Jesús como modelo a seguir: en su humildad, por su abajamiento kenótico hasta la muerte, y una muerte de cruz, tiene lugar su exaltación, su resurrección, su unidad en la vida divina.

b. Hacer la voluntad de Dios

La manera de ir adquiriendo un espíritu humilde y desprendido es buscar hacer la voluntad de Dios y entregar a Dios la propia voluntad. Y así lo explica Eckhart de una manera simpática:

«San Dionisio dice [cf. *De div. nom.* c.5 n.2] que Dios pone en venta su Reino de los cielos; y no hay cosa de tan poco valor como el Reino de los cielos cuando está en venta, y nada es tan noble y su posesión hace tan feliz con tal de que se lo tenga merecido. Se dice que es de poco valor porque se le ofrece a cada cual por cuanto él sea capaz de procurar. Por ello, el hombre ha de dar todo cuanto posee a trueque del Reino de los cielos: [en especial] su propia voluntad. Mientras conserva algo de su propia voluntad, no tiene merecido el Reino de los cielos. A quien renuncia a sí mismo y a su propia voluntad, le resulta fácil dejar todas las cosas materiales»⁵².

La apertura a la voluntad de Dios conlleva salir de cierto mercantilismo. Pues muchas veces las personas deseamos que las cosas sean de una determinada manera, y cuando no sucede aquello que anhelamos, vivimos decepcionados e insatisfechos. Este mecanismo, señalado por el budismo en su primera y segunda Noble

⁵¹ ECKHART, Pr. 14, EW I, 166:1-168-20 (Brugger, 378-380).

⁵² ECKHART, Pr. 58, EW I, 616:24-618:2 (Brugger, 688).

Verdad (esto es, que la existencia está llena de sufrimientos y su origen es la avidez, el aferramiento), también es descrito por el Maestro Eckhart:

«Si te gustara la voluntad de Dios, te hallarías exactamente como en el Reino de los cielos con lo que te sucediera o no sucediera; y quienes quieren otra cosa que no sea la voluntad de Dios, tienen su merecido porque viven siempre con lamentaciones e infelicidad; siempre se les vuelve a hacer fuerza e injusticia, y por doquier tienen penas. Y es justo que sea así, porque hacen como si vendieran a Dios, tal como lo vendió Judas. Aman a Dios por una cosa cualquiera que no es Dios. Y luego, si reciben lo que aman, no piensan en Dios»⁵³.

El dominico llega a afirmar que «cumplir con la voluntad divina, es el Reino de los cielos; y cuanto más dure esa voluntad, más Reino de los cielos»⁵⁴.

c. Hacerse personas «celestes»

En diversas ocasiones, el Maestro Eckhart emplea el ejemplo del cielo físico como apoyo para describir las actitudes de la persona en la cual irrumpe la presencia del Reino de los cielos. Afirma que «para que el alma conozca a Dios, tiene que ser celeste»⁵⁵. En el fondo subyace en él una convicción compartida por los antiguos: sólo lo semejante conoce a lo semejante⁵⁶. Y también se percibe su convencimiento de que hay una profunda unidad entre el mundo físico y el espiritual, pues todo proviene de un mismo origen y se orienta a un mismo fin, la vida divina⁵⁷. Tales analogías aparecen especialmente desarrolladas en los sermones alemanes 61 y 68, y también, de manera puntual en los sermones 8 y 96, y en el tratado *Del consuelo divino*. Ofrecemos a continuación la enumeración sintética de las características que ofrece Eckhart del cielo, como ejemplo para llegar a ser un «hombre celeste, en el que Dios resplandece»⁵⁸.

c. 1 *El cielo es firme, constante*

Así pues, uno de los aspectos que «ha de poseer el ser humano para ser un cielo en el que Dios resida» es mantenerse tan «firme (o constante, *stete*), como el cielo es firme»⁵⁹. Tal firmeza y constancia, Eckhart la relaciona con alcanzar una única voluntad con la voluntad divina: «mal y bien, alegría y pena, todo es lo mismo para

⁵³ ECKHART, Pr. 41, EW I, 442:1ss (Brugger, 576-577).

⁵⁴ Pr. 59, EW I, 628:30-31 (Brugger, 696). Hemos completado la traducción, pues a Brugger le falta el final de la frase: «y cuanto más dure esa voluntad, más Reino de los cielos».

⁵⁵ Cf. ECKHART, Pr. 68, Bara, 201.

⁵⁶ Este principio, de origen platónico y mencionado también por Aristóteles en *De anima* I 2, 404 b 17, está muy presente en el Maestro Eckhart, por ejemplo, en *In Ioh.* n.123, LW III, 107:8 «Pues lo semejante es conocido por lo semejante». («*Simile enim simili semper cognoscitur*»). Para un desarrollo más amplio de esta cuestión, cf. BARA BANCEL, Silvia, *Teología mística alemana*, o.c., 356 ss. y 383.

⁵⁷ Cf. *supra* nota 5.

⁵⁸ Cf. ECKHART, *Sermo* 22, n.206, LW IV, 190:10 (cf. *supra* nota 33).

⁵⁹ Cf. ECKHART, Pr. 61, EW I, 648:5-6.

tal persona. Por ello dice Nuestro Señor: “cuando la casa está construida sobre roca, no se hunde”⁶⁰.

c. 2 *El cielo no se altera por nada*

Otro aspecto relacionado con el anterior es que, según las enseñanzas aristotélicas, «nada es capaz de tocar (*berüeren*) al cielo, y esto quiere decir que el ser humano es celestial cuando no hay nada tan fuerte que pueda tocarlo [y descolocar]»⁶¹. No se trata aquí de que la persona tenga que volverse insensible, sino que las cosas no le afectan hasta el punto de separarle del camino emprendido. Así, Eckhart pone el ejemplo de un barco que está amarrado por un ancla. A pesar de las olas, éstas no le pueden separar del lugar donde se halla anclado⁶². En el sermón 68 retoma la comparación del cielo:

«Los Maestros dicen que el cielo no puede recibir ninguna impresión extraña; ninguna molesta necesidad puede impresionarle para desviarle de su trayectoria.

Del mismo modo, para conocer a Dios el alma ha de permanecer tan firme y tan confiada [en Él], que nada pueda impresionarla hasta hacerla desviar de su trayectoria, ni esperanza, ni temor, ni alegría, ni desgracia, ni amor, ni dolor, ni nada de nada»⁶³.

En relación con esta comparación del ser humano con el cielo, aparecen diversas alusiones a la concepción medieval, fundada en Aristóteles, de que bajo el cielo hay una capa de fuego, que no afecta al cielo. De ahí que las personas «celestes» no deberían dejarse afectar por poca cosa⁶⁴. Y Eckhart lleva más lejos esta comparación:

«Dicen los *maestros* que por debajo del cielo hay un fuego, extendido en todo el derredor; y a causa de él ninguna lluvia ni viento ni tempestad ni tormenta pueden acercarse tanto al cielo desde abajo que algo lo pueda tocar; antes de llegar al cielo, todo se quema y se arruina por el ardor del fuego. Exactamente del mismo modo, digo yo, todo cuanto sufrimos y obramos por amor de Dios se hace dulce en la dulzura de Dios antes de llegar al corazón de aquel hombre que obra y sufre por Dios. Pues justamente esto significa la palabra que dicen: “por Dios”, ya que nada llega jamás al corazón a no ser fluyendo a través de la dulzura divina en la cual pierde su amargura. Además, lo quema el fuego ardiente del amor divino que encierra en sí por doquier al corazón del hombre bueno»⁶⁵.

⁶⁰ ECKHART, Pr. 61, EW I, 648:9-13.

⁶¹ ECKHART, Pr. 8, EW I, 96:14-17. Según el editor, Largier, el Maestro Eckhart alude a la presentación aristotélica de la incorruptibilidad del cielo en ARISTÓTELES, *De generatione et corruptione* I t.45 (I c.6 323a).

⁶² Cf. ECKHART, Pr. 81, EW II, 170:1-3.

⁶³ ECKHART, Pr. 68, Bara, 201-202.

⁶⁴ Cf. ECKHART, BgT (*Libro de la consolación divina*) c.2, EW II, 248:14-21 (Brugger, 184). «Dicen los maestros que inmediatamente por debajo del cielo hay un fuego muy extenso cuyo calor es muy fuerte y, sin embargo, no toca para nada al cielo. Ahora bien, se dice en un escrito que lo más bajo del alma es más noble que lo más alto del cielo. Pero entonces, ¿cómo puede un hombre atreverse a decir que es un hombre celestial y tiene su corazón en el cielo, cuando cosas tan ínfimas aún pueden afligirlo y causarle pena?». Los Maestros aludidos son Aristóteles y San Alberto Magno.

⁶⁵ ECKHART, BgT (*Libro de la consolación divina*) c.2, EW II, 298:16-29 (Brugger, 216-217). Cf. ALBERTO MAGNO, *De Caelo* I 1 5 (*Opera Omnia* V/1, 16,13-36).

c.3 *El cielo es igualmente distante de todo*

La imagen del cielo medieval consideraba que el cielo era una esfera, con varias capas, cuyos límites eran igualmente distantes de su centro, la tierra. De ahí que Eckhart emplee este elemento para sus explicaciones, e invite a una ecuanimidad, una igualdad de ánimo. Así, sostiene que

«el cielo se encuentra en todos sus extremos igualmente distante de la tierra.

Del mismo modo, el alma tiene que estar igualmente distante de todas las cosas terrenas, de manera que no esté más cerca de una cosa que de otra. [...] ha de tener una distancia igual de todas las cosas terrenas, esperanza, alegría o aflicción; sea lo que sea, ha de situarse en todo tiempo más allá de ellas [en Dios]»⁶⁶.

Esto no significa que las cosas no importen a la persona, sino que ya viva una situación de éxito o de fracaso, de alegría o de dificultad, está situada firmemente en manos de Dios, y allí, en lo más profundo, encuentra su serenidad, y su fortaleza; y no en el resultado de la propia acción o en el reconocimiento de los demás.

c.4 *El cielo es puro*

Así como el cielo es puro, también ha de serlo el ser humano para poder ser «celestes» y dejar que Dios y su Reino lleguen a él. Eckhart no suele emplear este adjetivo para aludir a la virginidad o a la ausencia de pecado, sino que lo relaciona con el estar desapegado (*ledic*), desprendido (*abegescheiden*) y despojado (*bloz*) de todo, para ser más receptivos a Dios.

Así pues, en el sermón alemán 61, el dominico indica que «en el cielo encontramos limpieza (*reinicheit*) y pureza (*lâterkeit*), como se puede observar también en el agua». Cuando el agua está turbia y mezclada con arena, nada se puede reflejar en ella; «pero si se halla pura y sin mezcla, lo que se pone por encima de ella, se refleja en ella. Lo mismo sucede con el ser humano: mientras que se halla mezclado con cosas terrenas [y apegado a ellas] no puede reconocer su propia limpieza ni la pureza de Dios»⁶⁷. Aunque Eckhart añade que «nuestra limpieza» no es comparable a la pureza de Dios, pero puede, de algún modo, permitir que se refleje su luz⁶⁸.

Es en el sermón 68 donde podemos percibir mejor qué entiende Eckhart por pureza. Así, allí manifiesta lo siguiente:

«...el cielo es puro y claro, sin mancha alguna, excepto la luna. [...] Ni el espacio ni el tiempo afectan al cielo. Ninguna de las cosas corporales tiene allí un lugar; y quién puede sondear a fondo la Escritura sabe bien que el cielo no tiene lugar. Tampoco se halla situado en el tiempo; su trayectoria es increíblemente rápida. Los Maestros afirman que su curso está fuera del tiempo, pero que su recorrido produce el tiempo. [...]

No hay nada que estorbe tanto al alma para llegar al conocimiento de Dios como el tiempo y el lugar. El tiempo y el lugar son partes [son fragmentarios], pero Dios es unidad. Por ello, para que el alma conozca a Dios, ha de conocerle

⁶⁶ ECKHART, Pr. 68, Bara, 202.

⁶⁷ ECKHART, Pr. 61, EW, 648:19-28.

⁶⁸ En el sermón 109, Eckhart vuelve a emplear la imagen del agua que refleja la luz del sol, pero que no es el sol, para hablar de la presencia de Dios en el alma.

por encima del tiempo y del espacio; pues Dios no es ni esto ni aquello, como esas cosas múltiples, sino que Dios es Uno»⁶⁹.

De lo que hay que purificarse, según Eckhart, es del «espacio» y del «tiempo», de toda multiplicidad y fragmentación. Cabe preguntarse cómo podemos lograr tal cosa, si somos seres encarnados, espaciales y temporales. Pero Eckhart no pretende que dejemos de serlo, cosa imposible, sino que nuestra atención no esté centrada en las cosas en cuanto espaciales o temporales, es decir, en lo concreto, lo particular. Propone que hagamos un proceso de abstracción, intelectual y espiritual, para no apegarnos a lo concreto, sino que nos volvamos a lo profundo, a lo verdadero, a Dios. A pesar de lo difícil que esto pueda parecernos, el Maestro Eckhart señala que se trata de una actitud interior accesible a nosotros:

«El nacimiento de Nuestra Señora ha sido el final de la aflicción, y el comienzo de la alegría para los antiguos Padres, pues antes de este tiempo no podían hacer nada para llegar al cielo. Pero ahora, a Nuestro Señor le basta con [que hagamos] algo muy sencillo: por un vaso de agua fresca [ofrecida a quién lo necesita, cf. Mt 10,42⁷⁰] da su Reino de los cielos a un corazón puro, y con esto es suficiente. Por eso Cristo dice: “Felices los que tienen un corazón puro” [Mt 5,8], y no menciona que tengan que ayunar mucho ni realizar grandes obras»⁷¹.

c.5 *El cielo contiene todas las cosas y es el trono del Señor*

Por último, en el sermón alemán 61 el Maestro Eckhart se refiere brevemente a estos aspectos del cielo en relación con el alma humana, que no queremos dejar de mencionar.

«El cielo contiene todas las cosas y las guarda en sí mismo. Y es lo que puede poseer el ser humano en el amor». También el ser humano puede poseerlo todo, explica Eckhart, pues «ama a sus amigos en Dios, a sus enemigos a causa de Dios, y todo lo que Dios ha creado, lo ama desde Dios nuestro Señor, en la medida en que puede conducirlo a Dios»⁷². Esta afirmación permite entender mejor lo que acabamos de decir de trascender el espacio y el tiempo: pues Eckhart invita a amar a todas las cosas, pero no apegarse a ellas, a su particularidad, sino en cuanto pueden conducir a Dios. Y también invita a amar al prójimo. En el sermón 4, pone en relación el verdadero amor con la alegría del Reino de los cielos: quien ama ya se experimenta como en el Reino de los cielos.

«Parece difícil lo que nos ha mandado el Señor —afirma Eckhart—: que se debe amar a los hermanos en Cristo (*ebenkristen*) como a uno mismo [cf. Mc 12,31; Mt 22,39]. Hay gente torpe que sobre esto dice, de ordinario, lo siguiente: se ha de amar a los hermanos con miras al mismo bien por el cual uno se ama a sí mismo. Pero no, no es así. Hemos de amarlos tanto como a nosotros mismos y no es difícil. Si lo pensáis bien, el amor es más un premio que un mandamiento. El mandamiento parece difícil, el premio es atractivo. Quien ama a Dios como debe amarlo

⁶⁹ ECKHART, Pr. 68, Bara, 202-203.

⁷⁰ Cf. Mt 10,42 «Y cualquiera que como discípulo dé de beber aunque sólo sea un vaso de agua fría a uno de estos pequeños, en verdad les digo que no perderá su recompensa».

⁷¹ ECKHART, Pr. 93, DW IV,1, 125,13-18.

⁷² ECKHART, Pr. 61, EW I, 650:17-22.

(*minnen sol*) y como está obligado a hacerlo (*minnen muoz*), lo quiera o no, como lo aman todas las criaturas, tiene que amar a su semejante (*ebennenschen*) como a sí mismo, y alegrarse de sus alegrías como si fueran sus propias alegrías, y desear la honra del otro tanto como la suya propia, y amar a los extranjeros tanto como a los suyos. De este modo, el ser humano se halla siempre en [un estado de] alegría, honra y provecho, y así se encuentra justamente como en el Reino de los cielos (*só ist er rechte als in himelríche*) y siente una alegría más profunda que si se alegrara únicamente de su propio bien»⁷³.

Por lo tanto, podemos ver cómo la llegada del Reino de Dios es un don, pero también supone una tarea: amar. El que ama se alegra y se encuentra ya «como en el Reino de los cielos».

Volviendo a la comparación del alma humana con el cielo, el Maestro Eckhart concluye sus analogías indicando que «el cielo es el trono del Señor», como expresa el texto del profeta Isaías 66,1. Y de manera implícita, alude al alma humana, como posible trono de Dios. Argumenta dejando muchas cuestiones sobreentendidas.

«Dice un Maestro pagano que si no hubiera tiempo, espacio ni materia, todo sería un solo ser. Es la materia la que establece diferencias en el ser [que es uno], pero en el alma el ser es igual [en todas las cosas]. Por eso, dice el alma en el *Libro del amor* [cf. Cant. 8,6]: “imprímeme en ti como la cera en el sello”»⁷⁴.

Eckhart hace referencia a que la materia es el principio de individuación, según la filosofía aristotélica, asumida por la escolástica. Pero por el proceso de abstracción, el entendimiento hace la operación inversa, para llegar a la esencia de las cosas a partir de las percepciones sensoriales. De ahí que el dominico sostenga que «en el alma, el ser es igual». El desasimiento de todas las cosas es como este proceso de abstracción, pues permite al alma humana estar cada vez más vacía y receptiva, como la cera, que recibe una nueva «forma», la del sello que aquí representa a Dios. Así, el alma puede llegar a ser «trono de Dios», en la unión con Él.

3.3. ¿Qué? *El nacimiento de Dios en el alma – unidad – beso*

Ya hemos mencionado que la llegada del Reino de Dios en nosotros es designada por el Maestro Eckhart en alguna ocasión como el «beso» que Dios da al alma humilde, como un llegar a «conocer a Dios» pero, sobre todo, como «nacimiento de Dios» en el fondo del alma, aunque también emplea la metáfora del flujo.

Así, en su sermón alemán 81, al comentar una cita bíblica que alude al «fluir impetuoso» de Dios, el salmo 46 (45),⁷⁵ y haciendo una alusión al evangelio de Juan⁷⁶, explica que el Espíritu Santo obra de manera «rápida y maravillosa», y se derrama rápidamente «cuando fluye en el alma, y lo hace tan plenamente cuanto

⁷³ ECKHART, Pr. 4, EW I, 50:22-52 (nuestra traducción a partir de la de Brugger).

⁷⁴ ECKHART, Pr. 61, EW I, 650:25-652:2.

⁷⁵ Salmo 46 (45), 5 «*Fluminis impetus laetificat civitatem Dei*» (Un río impetuoso alegra la ciudad de Dios).

⁷⁶ Jn 7,38 «El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva».

ella se ha adentrado en la humildad y se ha ensanchado para recibirlo»⁷⁷. —Vemos aquí la importancia de la disposición del ser humano, y la humildad como condición para recibir a Dios—. Así es, prosigue el dominico, «el alma ha de estar recogida y concentrarse en la potencia más noble que se halla en ella —el dónde del que hemos hablado— para poder recibir el flujo divino, que la colmará y llenará de alegría»⁷⁸. Y exclama en el sermón 81:

«Estoy seguro de ello: si mi alma estuviera tan preparada y Dios encontrara en ella tanto espacio como lo hizo en el alma de Nuestro Señor Jesucristo, la llenaría plenamente con su raudal (*vluot*, “flujo”), del mismo modo que a él. Pues el Espíritu Santo no puede retenerse, fluye allí donde encuentra espacio y va tan lejos como espacio encuentra»⁷⁹.

Esta llegada del Espíritu Santo es la gracia de Dios derramada en el corazón humano, cuyo origen es la vida divina⁸⁰. El efecto que tiene es que hace que el alma «se conforme a Dios» y se le asemeje, recibiendo así el «color» y el «sabor» de Dios⁸¹. Y así recibe el alma la « semejanza divina » o incluso la « igualdad » —ambos vocablos se expresan del mismo modo en alto alemán medio, *glichenisse*, *glich*—: «La mayor felicidad en Reino de los cielos y en el Reino de la tierra se encuentra en la igualdad —exclama Eckhart. Lo que la naturaleza divina realiza en lo más elevado del alma es la igualdad»⁸².

Hay otros lugares en los que el Maestro turingio se expresa con una radicalidad mucho mayor, como cuando emplea la metáfora del nacimiento del Hijo en el alma. Pues ya no se trata únicamente de semejanza, o de igualdad, sino de llegar a ser «un Uno único», con una acción única. Así lo expresa en el sermón alemán 25:

«Cuando la voluntad se une así [con la voluntad de Dios] de modo que lleguen a ser un Uno único, entonces el Padre, desde el Reino de los cielos, engendra a su Hijo unigénito en sí [al mismo tiempo que] en mí.

¿Por qué en sí [al mismo tiempo que] en mí? Porque soy uno con Él, no me puede excluir, y en esa obra el Espíritu Santo recibe su ser y su devenir tanto de mí como de Dios. ¿Por qué? Porque estoy en Dios»⁸³.

Al producirse el nacimiento en mí, también irrumpe en mí el Reino de Dios, y llego a ser hijo de Dios. Eckhart lleva a sus últimas consecuencias sus planteamientos filosóficos y teológicos en la cuestión de la filiación divina. Si Dios se hace

⁷⁷ ECKHART, Pr. 81, EW II, 166:15-17.

⁷⁸ ECKHART, Pr. 81, EW II, 168:9-11.

⁷⁹ ECKHART, Pr. 81, EW II, 166:17-21.

⁸⁰ Cf. ECKHART, Pr. 81, EW II, 170:18-28 «Pero la gracia que el Espíritu Santo aporta al alma es acogida sin nada que no sea ella (*âne underscheit*, sin separación), si el alma está recogida en la facultad simple que conoce a Dios [el fondo del alma]. La gracia brota en el corazón del Padre y fluye en el Hijo y en la unión de ambos fluye de la sabiduría del Hijo, y fluye en la bondad del Espíritu Santo y es envidada con el Espíritu Santo al alma. Y [así] la gracia es rostro de Dios y se imprime en el alma sin nada que no sea ella (*âne underscheit*), con el Espíritu Santo, y conforma el alma a Dios. Esta operación la realiza Dios mismo sin nada que no sea Él (*âne underscheit*)».

⁸¹ ECKHART, Pr. 81, EW II, 172:25-28 «Pues la gracia se sitúa en relación a Dios como los rayos del sol con el sol, y [la gracia] es una con Él, e introduce al alma en el ser divino y la hace “del color de Dios” (*gotvar*) y así ella “sabe” a la nobleza divina».

⁸² ECKHART, Pr. 81, EW II, 174:14-16.

⁸³ ECKHART, Pr. 25, EW I, 288:6-11 (Brugger, 472).

presente en el alma humana, Dios, que siempre es uno y trino, se hace presente como Padre, pronunciando su Palabra, como Hijo, y como Espíritu. Como Dios es acto puro, y es Uno y simple, Dios Padre pronuncia «una palabra», pero escuchamos «dos»: la generación del Hijo y la creación, que es por Cristo, por el Hijo. De ahí que cuando el ser humano se hace receptivo a la llegada de Dios, Dios pronuncia su Palabra, su Verbo, y el hombre es «engendrado» como hijo, en el Hijo y llega a ser el mismo Hijo⁸⁴. Por ello, puede también, según Eckhart expresaba en el sermón anteriormente mencionado, participar en la dinámica de la vida intradivina, y en la espiración del Espíritu Santo, que «recibe su ser y su devenir tanto [... del alma unida a Dios] como de Dios».

«Alguna vez me preguntaron —dice Eckhart— ¿qué era lo que hacía el Padre en el cielo? Entonces dije: Engendra a su Hijo y esta actividad le resulta tan placentera y le gusta tanto que no hace nunca otra cosa que engendrar a su Hijo, y los dos hacen florecer de sí al Espíritu Santo. Donde el Padre engendra dentro de mí a su Hijo, allí soy el mismo Hijo y no otro; es cierto que somos diferentes en el ser-hombre, más allá soy el mismo Hijo y no otro. “Donde somos hijos, somos todos legítimos” (Ro 8, 17). Quien conoce la verdad sabe bien que la palabra “Padre” contiene la generación pura y el tener hijos. Por ello somos hijo en este aspecto y somos el mismo Hijo»⁸⁵.

Y según Eckhart, en la unión, hay una única operación, la vida divina, pues el ser humano ha dejado su voluntad totalmente, y todas sus operaciones, y es absolutamente receptivo y se ha «perdido» a sí mismo en Dios. Entonces sólo Dios actúa, y el ser humano, siendo uno con Dios, participa también de la obra divina de la creación, una creación continua. De ahí que el dominico llegue a afirmar:

«El Padre en el reino de los cielos te da su Verbo eterno y en el mismo Verbo te da su propia vida y su propio ser y su divinidad toda; porque el Padre y el Verbo son dos personas y una sola vida y un solo ser indiviso. Cuando el Padre te recoge en esta misma luz para que tú contemples, de modo cognoscitivo, a esta luz en esta luz, de acuerdo con la misma peculiaridad con la cual Él, con su poder paterno, se conoce en este Verbo [= esta luz] a sí mismo y a todas las cosas, [así como conoce] al mismo Verbo, según la razón y la verdad, tal como he dicho, entonces te da poder para engendrar, junto a Él, a ti mismo y a todas las cosas y [te concede] su propio poder igual que a este mismo Verbo. Así pues, estás engendrando sin cesar, junto con el Padre por la fuerza del Padre, a ti mismo y a todas las cosas en un “ahora” presente. Dentro de esta luz, según he dicho, el Padre no conoce ninguna diferencia entre Él y tú y ninguna ventaja, ni menor ni mayor, que entre Él y su mismo Verbo. Porque el Padre y tú mismo y todas las cosas y el mismo Verbo son uno dentro de la luz»⁸⁶.

El carácter provocativo de estas afirmaciones no pasó desapercibido ya en tiempos de Eckhart, y el proceso inquisitorial que se abrió contra él terminó condenando 15 frases eckhartianas sacadas de su contexto, y juzgó otras 11 como malsonantes

⁸⁴ Cf., por ejemplo, ECKHART, Pr. 6, DW I, 109:2-110:2 (Vega, 54). Sobre cómo entender esta expresión eckhartiana de que somos «el mismo Hijo», me permito remitir al capítulo 2 *De la imagen a la filiación*, de BARA BANCEL, Silvia, *Teología mística alemana*, o.c., 256-299; ver especialmente el epígrafe c. *Los hijos de Dios. Filiación real y analogía*, 268-278.

⁸⁵ ECKHART, Pr. 4, EW I, 54:17 (Brugger, 296-297).

⁸⁶ ECKHART, Pr. 49, EW I, 518:2-19 (Brugger, 628).

y susceptibles de ser interpretadas erróneamente, aunque también con un posible sentido católico, entre las que se encuentra la afirmación de que «el Padre me engendra a mí su Hijo y el mismo Hijo. Cuanto Dios obra, es una sola cosa; luego me engendra a mí, Hijo suyo sin distinción alguna» (DH 972).

Sin embargo, el dominico se retractó de todas las ellas «en cuanto a su sentido herético» y su persona nunca fue condenada. Sostuvo en su defensa, que él nunca quiso separarse de la Iglesia, sino hacer pensar y favorecer el encuentro con Dios:

«Además, de los otros dieciséis artículos que, extractados de mis sermones, se me atribuyen, no tendría que responder, pues por todas partes y con frecuencia incluso clérigos eruditos y sabios reproducen de forma sesgada y falsa lo que oyen. Yo sólo digo esto: que ninguna de aquellas [afirmaciones], tal como suenan y en la medida en que contienen falsedad, error o saben a herejía, ni las creo, ni las he creído, ni las he sostenido, ni las he predicado. Sin embargo, confieso que en algunas de ellas se tocan ciertas verdades que podrían sostenerse bajo una comprensión verdadera y sana»⁸⁷.

No cabe detenerse más sobre la cuestión, pero a nuestro juicio, a pesar de la radicalidad de las expresiones del dominico, muchas de ellas en el contexto de la predicación parenética, Eckhart reconoce que se trata de expresiones analógicas y no pretende afirmar que el ser humano pierda su condición creada, y se convierta en Dios mismo⁸⁸.

3.4. *El fruto del nacimiento- bienaventuranza*

Por último, la llegada del Reino de Dios o el nacimiento de Dios en el alma, es fuente de la misma alegría y bienaventuranza que gozan los santos en el cielo. Así pues, el Maestro Eckhart recuerda que «en el Reino de los cielos, todo es en todo, todo es uno, y todo es nuestro»⁸⁹. Y en el sermón 45 se extiende más:

«Nuestro Señor dijo a sus discípulos: “Quienes son mis seguidores, se sentarán a mi mesa en el Reino de mi Padre y comerán mi comida y tomarán mi bebida que mi Padre me ha preparado; así os la he preparado yo también” (cf. Mt 19,28 y Lc 22,29ss.). Bienaventurado es el hombre que ha llegado a recibir junto con el Hijo de lo mismo de lo cual recibe el Hijo. Justamente ahí recibiremos nosotros también nuestra bienaventuranza, y allí donde reside su bienaventuranza, en el interior donde Él tiene su ser, en ese mismo fondo todos sus amigos recibirán y sacarán su bienaventuranza. Esta es la “mesa en el Reino de Dios”.

Que Dios nos ayude a llegar a esa mesa. Amén»⁹⁰.

⁸⁷ *Acta Echardiana, Proc. Col.* I n. 127, LW V, 293.

⁸⁸ Para un estudio pormenorizado sobre cómo interpretó y clarificó las expresiones eckhartianas más llamativas el discípulo más cercano del Maestro Eckhart, Enrique Suso, distanciándolas de una comprensión herética, cf. BARA BANCEL, S., *Teología mística alemana*, o.c., 285-296.

⁸⁹ ECKHART, Pr. 76. EW II, 130:6-10.

⁹⁰ ECKHART, Pr. 45, EW I, 486:30-488:7 (Brugger, 608).

CONCLUSIÓN

Después de haber analizado y sistematizado los textos eckhartianos que presentan las expresiones «Reino de Dios», «Reino de los cielos» o «cielo» podemos ofrecer algunas reflexiones conclusivas.

En primer lugar, llama la atención que el Maestro Eckhart, siendo un predicador medieval, presente una visión tan positiva de Dios y del ser humano, y no esté imbuido de una mentalidad milenarista, preocupada por el juicio final y la conducta moral.

El dominico lleva a sus últimas consecuencias la afirmación evangélica de que el Reino de Dios «ya» ha llegado con Jesús. «Ya ahora» está presente, y «ya aquí», en medio de nosotros, en lo más hondo de nosotros. Como si el cielo se hubiera abajado y fundido con la tierra, el tiempo se hubiera detenido, y se hubiera esfumado la infinita distancia entre el Creador y la criatura. Cabe recordar que el tiempo, lo limitado y lo particular, lo múltiple forman parte de lo creado, mientras que la eternidad y lo ilimitado pertenecen al ámbito divino. La eternidad se halla más allá del tiempo, «fuera» del tiempo, por ello es un presente, un «ahora». Y de igual modo, hemos de pensar la relación entre ilimitado y limitado: la infinitud no es limitada por nuestros límites. De ahí que la trascendencia divina suponga al mismo tiempo su inmanencia. Dios se halla presente también «aquí», en todos los seres, pero los humanos son los únicos que pueden llegar a reconocer y ser conscientes de tal presencia y ser, por ello, más felices que el resto de las criaturas —señala Eckhart en el sermón 68—.

Cuando el Maestro alemán piensa el mundo y el ser humano, lo hace desde la Infinitud divina. Considera que todo lo creado se halla y es «en Dios», pues recibe continuamente el ser del Ser, que es Dios⁹¹. En muchas ocasiones Eckhart se sitúa en una perspectiva «desde Dios», y considera al ser humano inmerso en la vida divina (antes de ser creado o en la unión) y no siempre es fácil seguirle o convenir con él en sus afirmaciones más extremas. Así, hemos mencionado el sermón 49 donde sostiene que el ser humano unido a Dios participa de la vida intratrinitaria hasta el punto de estar «engendrando sin cesar, junto con el Padre» a sí mismo «y a todas las cosas en un «ahora» presente».

A pesar de las provocaciones —que pretendían hacer pensar en las consecuencias de la filiación divina y recordar la posibilidad de la deificación, de la unión con Dios—, la lectura atenta de Eckhart revela su alejamiento de un panteísmo ingenuo. En su escrito de defensa ante el tribunal inquisitorial de Colonia, él mismo ofrece varias claves de lectura para comprenderle adecuadamente: tener en cuenta la noción de analogía y caer en la cuenta que hay diversas perspectivas desde las que se puede considerar una cuestión (*in quantum*)⁹². Aplicándolo al tema que

⁹¹ ECKHART, *Prolog. Gen.* n.17, OLME I, 62. «No se ha de imaginar erróneamente que Dios haya proyectado o creado las criaturas fuera de sí mismo en una especie de infinito o de vacío. Pues la nada no recibe nada, no puede ser sujeto y no puede ser término ni fin de una acción cualquiera. Así, Dios ha creado todas las cosas, no para que estén fuera de Él, al lado de Él o además de Él, al modo de otros artesanos, sino que los ha llamado de la nada, es decir del no-ser al ser que encontrarían, recibirían y poseerían en Él. Pues Él es el Ser».

⁹² Cf. *Acta Echardiana, Proc. Col.* I n.81, LW V, 277-278.

hemos analizado, podríamos decir que el Reino de Dios irrumpe en la persona, y, en cuanto unida a Dios, llega a ser «uno» con Él, sin embargo en cuanto criatura sigue siendo humana, y no se transforma en Dios en sentido de perder su condición creatural.

Así pues, recapitulando lo dicho a lo largo de nuestro análisis, según el Maestro Eckhart la Infinitud divina está presente ya aquí y ahora, en lo más interior del ser humano, en el fondo de su alma, aunque el ser humano no lo descubre de manera inmediata. Se trata de un doble movimiento. Por un lado el ser humano ha de bajarse personalmente para dejar espacio y hacerse receptivo al Reino de Dios en él: ha de experimentar una profunda humildad, vaciarse y desprenderse de todo y de la propia voluntad, y hacerse semejante al cielo, mantenerse firme y constante en el seguimiento del Señor, adquirir una ecuanimidad profunda y al mismo tiempo un amor desinteresado por todos. Por otro lado, Dios «fluye» en la persona «celestite», y es una obra trinitaria: el Espíritu imprime en ella «la forma» o la semejanza del Hijo y el Padre pronuncia en ella su Palabra. Así, el ser humano llega a ser hijo «en» y «por» el Hijo, recibe el «beso» de Dios, y el Reino irrumpe en su alma. Por último, tal irrupción supone experimentar, ya ahora, la alegría y bienaventuranza que se gozará, tal vez, un día, en plenitud.

Concluyamos con las palabras mismas de Eckhart:

«Nadie debe pensar que es difícil llegar a ello, aunque parezca difícil e inmenso. Bien es cierto que al principio el desasimiento es un poco difícil, pero cuando se alcanza, nunca la vida fue tan fácil, ni tan alegre, ni tan amable y Dios se emplea a fondo en permanecer constantemente cerca del ser humano, en enseñarle, con el fin de conducirlo, si él quiere seguirle. Nunca hubo nadie que deseara alguna cosa con tanta fuerza como desea Dios conducir al ser humano a que le conozca. Dios está dispuesto en todo tiempo, pero nosotros estamos muy poco dispuestos. Dios está cerca, pero nosotros estamos lejos, Dios está en el interior, pero nosotros estamos fuera. Dios nos es íntimo, pero nosotros somos extranjeros [a nosotros mismos]»⁹³.

Universidad Pontificia Comillas
sbara@comillas.edu

SILVIA BARA BANCEL

[Artículo aprobado para publicación en diciembre de 2016]

⁹³ ECKHART, Pr. 68, (Bara, 204).

